

NOTA A LA EDICIÓN

El corpus textual del cual se ha nutrido esta antología de meditaciones y aforismos orteguianos es el conjunto de textos que integran los ocho números de *El Espectador* que José Ortega y Gasset publicó entre 1916 y 1934. Las versiones de dicha obra con las que he trabajado son las dos más recientes. Por un lado, la edición, digamos, canónica, que forma parte del volumen II de las *Obras completas* del pensador madrileño, publicadas por Taurus y la Fundación Ortega y Gasset (hoy Fundación Ortega y Gasset-Gregorio Marañón) entre 2004 y 2010, y reeditadas recientemente, en 2017. Por otro lado, he usado también la edición de *El Espectador* que publicó Alianza entre 2016 y 2017, en cuatro pequeños tomos de bolsillo, porque

me resultaba mucho más cómoda de manejar y porque, como explican los autores de dicha edición en su «Nota preliminar», allí se ofrece el texto de *El Espectador* «según la última versión que el autor publicó». En este sentido, me parece que ambas ediciones son las más fiables y pertinentes como fuente para esta selección mía que, si bien no es —ni lo pretende ser— una edición crítica o filológica (ni siquiera académica, si por este adjetivo entendemos erudita o tediosa), sí aspira al rigor mínimo exigible en quien maneja textos ajenos; más, si cabe, siendo de quien son.

Como podrá comprobar el lector, los fragmentos seleccionados están agrupados por volúmenes y dispuestos siguiendo el mismo orden que les dio su autor dentro del conjunto de la obra. Al pie de cada texto he indicado entre comillas el título de la sección («Confesiones de *El Espectador*», «La vida en torno», «Ensayos de crítica», «Incitaciones», «Ensayos filosóficos»), si lo hubiere, y en cursiva el del ensayo del que procede.

Meditaciones de
El Espectador

El Espectador, I
(1916)

Situada en su rango de actividad espiritual secundaria, la política o pensamiento de lo útil es una saludable fuerza de que no podemos prescindir. Si se me invita a escoger entre el comerciante y el bohemio, me quedo sin ninguno de los dos. Mas cuando la política se entroniza en la conciencia y preside toda nuestra vida mental, se convierte en un morbo gravísimo. La razón es clara. Mientras tomemos lo útil como útil, nada hay que objetar. Pero si esta preocupación por lo útil llega a constituir el hábito central de nuestra personalidad, cuando se trate de buscar lo verdadero tenderemos a confundirlo con lo útil. Y esto, hacer de la utilidad verdad,

es la definición de la mentira. El imperio de la política es, pues, el imperio de la mentira.

«Confesiones de *El Espectador*»
Verdad y perspectiva

Tenemos el deber de presentir lo nuevo; tengamos también el valor de afirmarlo. Nada requiere tanta pureza y energía como esta misión. Porque dentro de nosotros se aferra lo viejo con todos sus privilegios de hábito, autoridad y ser concluso. Nuestras almas, como las vírgenes prudentes, necesitan vigilar con las lámparas encendidas y en actitud de inminencia. Lo viejo podemos encontrarlo dondequiera: en los libros, en las costumbres, en las palabras y los rostros de los demás. Pero lo nuevo, lo nuevo que hacia la vida viene, sólo podemos escrutarlo inclinando el oído pura y fielmente a los rumores de nuestro corazón. Escuchas de

avanzada, en nuestro puesto se juntan el peligro y la gloria. Estamos entregados a nosotros mismos: nadie nos protege ni nos dirige. Si no tenemos confianza en nosotros, todo se habrá perdido. Si tenemos demasiada, no encontraremos cosa de provecho. Confiar, pues, sin fiarse. ¿Es esto posible? Yo no sé si es posible; pero veo que es necesario.

«Confesiones de *El Espectador*»
Verdad y perspectiva

Como *modernidad*, es *progreso* una palabra formal, muy bella e incitante, cual un divino acicate: todo cabe dentro de su esquemático y cóncavo sentido. Mas en los políticos progresistas, el progreso significa una peculiar política concreta y limitada; esta política es, naturalmente, la suya. Vano será que intentéis hablarles de progresos subsecuentes: no os escucharán. Si les decís que la salvación de la democracia

depende de que no se haga solidaria del sufragio universal, del Parlamento, etcétera, os declararán reaccionario.

«Confesiones de *El Espectador*»

Nada moderno y muy siglo xx

Sólo hacemos perfectamente lo que es un poco inferior a nuestras facultades. La sociedad sería perfecta si los ministros fuesen gobernadores de provincia; los profesores de universidad, maestros de segunda enseñanza, y los coroneles, capitanes. No sé qué adverso sino obliga a los hombres a lo contrario, sobre todo en la Edad Contemporánea.

«Confesiones de *El Espectador*»

Leyendo el Adolfo, libro de amor

La religión y el amor tienen la desgracia de que no se suele pensar en ellos sino

religiosamente y amorosamente. De esta manera hemos hecho de esas dos cosas radiantes y benéficas dos cosas turbias, exageradas, fantasmagóricas, cuando no atroces instrumentos de martirio.

«Confesiones de *El Espectador*»
Leyendo el Adolfo, libro de amor

Pedir a un español que al entrar en el tranvía renuncie a dirigir una mirada de especialista sobre las mujeres que en él van es demandar lo imposible. Se trata de uno de los hábitos más arraigados y característicos de nuestro pueblo.

«Confesiones de *El Espectador*»
Estética en el tranvía

Verdad es que en ocasiones las promesas no se cumplen. Recuerdo a este propósito

una anécdota del hampa periodística madrileña. Cuéntase de un crítico de teatro, muerto hace no pocos años, que padecía la debilidad de repartir las alabanzas y las censuras según un régimen financiero. Llegó un tenor que al día siguiente había de debutar en el Teatro Real. El menestero crítico se apresuró a visitarle. Le habló de los muchos hijos y las pocas rentas: quedó cerrado el trato en mil pesetas. La jornada del *début* comenzó sin que el crítico recibiese la cantidad convenida. Empezó la función y el dinero no llegaba; pasó un acto, y otro y todos, y cuando en la Redacción se puso a escribir el crítico, aún no había llegado el emolumento. A la mañana siguiente el periódico insertaba la revista de la ópera; en ella no se hablaba del tenor ni una palabra hasta la postrera línea, donde se leía: «Olvidábamos decir que debutó el tenor X: es un artista que promete; veremos si cumple».

«Confesiones de *El Espectador*»
Estética en el tranvía